

HACIA OTRA LUZ MÁS PURA (Memoria de Francisco Giner de los Ríos)

En Francisco Giner de los Ríos, de cuya muerte se han cumplido cien años en 2015, se concitan dos circunstancias singulares. La primera tiene que ver con el hecho de que su obra, diversa en los temas y de evidente aunque desigual interés, ha sido oscurecida por la ejemplaridad del autor como *texto vivo*, automática e inercialmente contrario a lo que se suele entender por «letra muerta» (o sea, por los artículos y libros). La segunda es relativa a la absorción que la persona ha sufrido por parte de la Institución Libre de Enseñanza, con todas sus derivaciones e hijuelas, hasta el punto de desaparecer en ella. Y si nos centramos en esta última faceta pedagógica, deberíamos matizar algo en lo que no siempre se repara: me refiero a que la influencia de la ILE no depende tanto de ella misma como de la que llamó López-Morillas *eficacia reactiva* que provocó o suscitó en las corporaciones educativas católicas o estatales: muchas de estas terminaron (¿paradójicamente?) incorporando buena parte de las propuestas de la Institución a la que se oponían, o a la que se les oponía, precisamente para cargarse de razones —del adversario— y poder así hacerle frente.

Y cabría añadir una tercera peculiaridad, si se quiere más lateral que las anteriores aunque muy poderosa en el imaginario colectivo (y el término «colectivo» no es de aplicación al común de la ciudadanía, sino al común, muy reducido, de quienes tienen algún conocimiento de nuestro hombre). Se trata de la semblanza moral de Giner de los Ríos que compuso Antonio Machado apenas informado de la muerte del maestro, primero en prosa y enseguida en verso, en un poema que terminaría incorporándose a las reediciones de *Campos de Castilla*: curiosamente, el poema pronto se convirtió en un retrato moral del homenajeante, Antonio Machado, que desplazó al homenajeado. ¿O hay muchos lectores que, cuando leen «A don Francisco Giner de los Ríos», pueden sustraerse a la idea de que en

ese *medallón* se inscribe, junto a la de «don Francisco», una etopeya de «don Antonio»? Así, sobre la falsilla gineriana, se constituyó la conformación espiritual de Antonio Machado como «santo laico» que prevaleció en la posguerra y, a través de él, de un extendidísimo modelo de comportamiento ético.

Lo anterior se tradujo, incluso, en una formulación maniquea que llevó a establecer bandos poéticos y morales en el franquismo, enfrentados entre sí y encabezados respectivamente por Antonio Machado uno —ya no podía defenderse de sus «defensores»—, y por Juan Ramón Jiménez el otro. Uno enterrado, otro desterrado: ambos impotentes frente a su utilización simbólica. Uno, ejemplo del poeta civil y representante del pueblo; el otro, a quien se quiso ver encerrado en su urna de cristal, como poeta «turriebúrneo», y ello a pesar de su exilio. Lo cual es condenable no tanto por reductivo y maniqueo cuanto por mentiroso: ¡como si hubiera muchos españoles de ese tiempo más hermanados con don Francisco que Juan Ramón, y muchas obras más afectas al franciscanismo gineriano que *Platero y yo!* El librito estaba aún caliente de las prensas cuando murió Giner, quien en sus últimas Navidades regaló muchos *Plateros*, sin duda porque se reconocía en su aura estético-moral a pesar de estar trazada por mano ajena. «Con esta sencillez debía escribir usted siempre», le dijo el moribundo a Juan Ramón en la última visita que este le hizo. Y Juan Ramón también escribió su elegía a Giner. En todo caso, y volviendo a Antonio Machado, es bien hermoso el aludido fenómeno de transferencia desde el homenajeadó al homenajeador, donde se cumple, aquí sí, la observación unamuniana de que el verdadero autorretrato lo traza uno en los retratos de personas a las que admira y con las que busca la identificación.

Todo lo cual ha terminado por *emborrachar* de color la imagen de Giner de los Ríos, que hoy, cien años después de su muerte, ha llegado el tiempo de repensar. Krausista de la generación de Gumersindo de Azcárate, Dorado Montero o Nicolás Salmerón, en su maestro Julián Sanz del Río encontró «no una filosofía, sino la filosofía», según afirmó Manuel Bartolomé Cossío, su sucesor en la dirección de la ILE. Y no deja de sorprender que Menéndez Pelayo, tan áspero con profetas de la *novísima filosofía* krausista como Sanz del Río, Nicolás Salmerón o Fernando de Castro, fuera contemporizador con don Francisco Giner, de quien resalta —como de los otros— la capacidad propagandística que le permitía «convertir en krausistas hasta las piedras», pero también —frente a alguno de los otros— su condición de «hombre honradísimo [...] y de buena fe».

En este número de *Anales de Literatura Española* se pasa muy somera revista al Giner teórico del Derecho; al pedagogo que llevaba de su mano a niños y a hombres; al filósofo cuya línea de pensamiento debe perseguirse tanto en escritos propios como en la selección de autores a cuya traducción se aplicó; al tratadista de estética y musicología; al crítico literario; al «descubridor» moderno del paisaje; y, en fin, al *texto vivo* para cuyo conocimiento cabal haría falta haberlo tratado personalmente, pero que, pese a todo, se nos desvela con una nitidez asombrosa, además de en su obra escrita —que no, no es «letra muerta»—, en los juicios y evocaciones de sus contemporáneos y de sus discípulos.

Á. L. P. de P.